

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 8: MARÍA, MADRE EN NUESTRO BAUTISMO

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	HÁGASE EN MÍ: NUESTRO BAUTISMO DESDE LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA.....	1
3)	AHÍ TIENES A TU HIJO: NUESTRO BAUTISMO, DESDE LA CRUZ.....	3
4)	EL BAUTISMO: UNA NUEVA PRESENCIA MARIANA	4
5)	PRÁCTICA.....	5
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	6

1) Introducción

El mes de mayo nos invita a ahondar en nuestra relación con María. A una persona nunca se la termina de conocer. Al contrario, según vamos trabando amistad, más grande parece su misterio. La persona se nos va revelando en una conversación, un encuentro, un dolor o un trabajo que afrontamos juntos...

¿Cuánto más sucede esto con María, mujer llena de misterio, pues su vida la atravesó la espada de la Palabra de Dios!

Para ahondar en la presencia de María en nuestras familias nos ayuda ver la relación de María con el bautismo. Veremos que todo lo que el bautismo transforma en nuestras vidas tiene que ver con María. Si, como hemos ido viendo en los anteriores temas, el bautismo es manantial y es nombre, es afecto nuevo y luz nueva, es familia y es fecundidad... en todo ello se encuentra presente la Madre de Jesús.

¿En qué se basa esta relación de María con el bautismo? Distinguiremos dos momentos en que María se asocia al bautismo.

2) *Hágase en mí: nuestro bautismo desde la maternidad divina de María*

Está primero la Encarnación y el nacimiento de Jesús. Si Cristo toma cuerpo de María, por el bautismo formamos parte del cuerpo de Cristo. Entonces María tiene que ver con el bautismo. Ella dio su primer lenguaje al cuerpo de Jesús, que nosotros heredamos en el bautismo.

¿Cómo es este lenguaje que Jesús recibió de María? El cuerpo nos recuerda que hemos nacido, que hemos recibido la vida de otros. Y nos lo recuerda en primer lugar por mediación de nuestra madre, en cuyo seno nos formamos. La madre, por su parte, nos dirige al Creador, pues ella es testigo de cómo Dios es

origen de la vida y de cómo Él nos formó en el vientre. Podemos decir, por tanto, que tener cuerpo y tener madre son equivalentes.

El Hijo de Dios asumió el cuerpo y, por tanto, asumió también una madre. También a Jesús su cuerpo le recordaba en cada momento que había recibido de otro la vida. Y como todo cuerpo humano, el cuerpo de Jesús apuntaba, a través del cuerpo materno, al Creador. Por eso María revela en plenitud lo que sucede en toda madre: que en su seno actúa Dios, bendiciendo con el don de la vida.

Ahora bien, hay una diferencia entre Jesús y nosotros. En nosotros el cuerpo apunta al Creador a través de la relación conyugal de nuestro padre y madre, que nos han generado. Pero en Jesús esta referencia al Creador sucede a través de la virginidad de María y de su sponsalidad virginal con san José.

Esta diferencia se debe a que Jesús es el Hijo unigénito, que viene a revelar una nueva paternidad de Dios. El Hijo eterno del Padre, al tomar cuerpo, ha de hacerlo de modo virginal, para que su cuerpo manifieste que Él ha nacido eternamente del Padre y que el Padre quiere poner en sus manos todas las cosas. Por el bautismo nuestro cuerpo hereda este nuevo lenguaje de Jesús. Ahora nuestro cuerpo apunta al Padre y revela su amor definitivo por el hombre.

Como vemos, la maternidad divina de María es presupuesto del don que recibimos en el bautismo. Por eso el agua del bautismo hace presente el seno de María. Como dijo san León Magno, Dios “dio a las aguas lo que dio a la madre”.

Hasta ahora hemos hablado del cuerpo de María que acoge al cuerpo de Jesús. Pero en la Anunciación, además de un cuerpo, hay también una palabra. Vemos aquí una similitud con el bautismo, donde también hay cuerpo (el agua derramada) y palabra (“Yo te bautizo...”). ¿Cuál es la palabra que hay en Nazaret? Se trata de la llamada y anuncio de Gabriel y de la respuesta de María.

Pues bien, si el cuerpo de María nos ilumina qué significa el agua del bautismo, las palabras de Gabriel y de María nos iluminan sobre la fórmula bautismal. Si nos bautizamos creyendo en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, María es la primera en conocer la venida del Hijo y en abrir a Él su corazón respondiendo al Padre: “Hágase en mí según tu palabra”. En cuanto al Espíritu, san León Magno decía que el mismo Espíritu que descendió sobre la Virgen para concebir al Hijo de Dios, ese mismo Espíritu desciende sobre las aguas para regenerarnos como hijos de Dios.

Esta conexión entre nuestro bautismo y el nacimiento de Cristo aparece en el prólogo del Evangelio de san Juan. Allí leemos una frase sobre nuestro bautismo: “a cuantos lo recibieron les dio poder de ser *hijos de Dios*, a los que creen en su nombre” (Jn 1,12). Y justo después se habla de la Encarnación: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria *como de Hijo único del Padre*” (Jn 1,14).

También san Pablo alude a este vínculo entre el nacimiento de Belén y el de nuestro bautismo cuando afirma de Jesús: “nacido de mujer [...] para que recibiéramos el ser hijos por adopción” (Gál 4,4-5). El nacimiento del Hijo de Dios de María virgen resulta clave para que nosotros podamos convertirnos en hijos de Dios.

3) *Ahí tienes a tu hijo: nuestro bautismo, desde la Cruz*

Hemos dicho hasta ahora que María, al formar en su seno el cuerpo de Jesús, prepara nuestro bautismo. Pero hay más. Ella no solo influye en general sobre el origen del bautismo, sino que tiene una presencia personal y directa en el bautismo de cada cristiano.

Para verlo hay que considerar el resto de la vida de María, y cómo fueron creciendo en ella el cuerpo y la palabra que ya aparecen en la Anunciación. Poco a poco, a lo largo de su peregrinación en la fe, María se asimiló más al bautismo, que es cuerpo (agua derramada) y palabra (“yo te bautizo en el nombre del Padre...”).

Hemos dicho que, por nacer de María, su madre, Jesús asume un cuerpo como el de todos nosotros, el cuerpo de nuestra familia, el cuerpo que venía de Adán y Eva. A la vez, por ser María virgen, Jesús trae a ese cuerpo una novedad, una capacidad nueva para revelar que el origen del cuerpo está en las manos del Padre. Al nacer de María virgen, el cuerpo de Jesús es el cuerpo de Aquel que lo ha recibido todo del Padre, y por eso es capaz de llevar a una altura nueva nuestra relación con Dios.

Podríamos referir a Jesús una expresión que Dante aplica a un trovador de lengua provenzal: “fue el mejor orfebre de la lengua materna” (*Purgatorio* XXVI). Jesús fue el mejor orfebre de la lengua materna porque asumió el lenguaje de María y lo llevó a una altura nueva, insospechada. Este lenguaje de María era el lenguaje del cuerpo, en cuanto el cuerpo nos habla de Dios como origen de todos los dones. Este lenguaje comenzó en el “hágase” de María. Jesús lo heredó y lo llevó a plenitud durante su vida, hasta culminarlo en Gethsemaní y dejárnoslo en el Padrenuestro: “hágase tu voluntad”.

Pues bien, toda la vida de María consistió en aprender ese lenguaje nuevo de Jesús. Esto sucedió primero como palabra, pues María obedeció en todo a la Palabra de su Hijo. Luego, bajo la cruz, sucedió en el cuerpo de María, que se dilató para convertirse en nuestra madre. Es decir, Ella recibió palabra nueva y cuerpo nuevo a partir de la palabra y del cuerpo de Jesús. Por eso Dante pudo llamar a María: “Hija de tu hijo”. Ella transformó su palabra y su cuerpo, palabra y cuerpo femenino y materno, según la medida nueva que trajo Jesús al cuerpo y a la palabra.

a) Primero, María aprendió de Jesús una palabra nueva. Ella dejó que la espada de la palabra atravesara toda su vida, como le había profetizado Simeón (*Lc* 2,35). Un momento decisivo fue Caná. Allí Jesús hizo saber a su Madre que la relación de Ella con Él tenía que cambiar. Al empezar la hora de Jesús, Él ya no estaba sujeto a Ella, sino que Ella seguía a Jesús. La relación de Madre e Hijo no se habría de apoyar ya solo en el afecto carnal, sino en la nueva obediencia de María a la Palabra de Dios, que es el signo de la nueva familia de Jesús.

María lo entendió y respondió enseguida: “haced lo que Él os diga”. Mientras los discípulos le seguían de lejos (cf. *Lc* 22,54) y, al no entenderle, no se atrevían a preguntarle (*Lc* 20,40), María meditaba en su corazón todo lo que decía y hacía su Hijo (*Lc* 2,19-51). Por eso pudo acoger la Palabra hasta dar fruto “con corazón noble y generoso” (*Lc* 8,15).

b) Junto a la palabra nueva de Jesús, María recibió en la Cruz un cuerpo nuevo. Pues justo antes de que se abriera el costado de Cristo y manara de Él el



agua bautismal, Jesús confió a su madre al discípulo amado y, con él, a todos los que creerían en Él. Orígenes, el Padre de la Iglesia, comentaba que, al ser Jesús hijo único de María, cuando Jesús dice: “ahí tienes a tu hijo”, está diciendo: “ahí me tienes, ahí tienes a Jesús”. Es decir, Jesús dilató entonces la maternidad de María para que pudiera acoger en sí a todos los hombres, formando en ellos a Jesús. Cristo hizo que María participara ya de su cuerpo resucitado, transformando su maternidad.

Sucede, por tanto, que si el bautismo nos asimila al cuerpo de Jesús, Jesús ha querido que lo femenino no estuviera ausente en este nuevo nacimiento que es el bautismo. Y la pila bautismal, que en los antiguos baptisterios tenía forma de útero, se asoció a la maternidad nueva de María. El bautismo nos da un nuevo cuerpo, que es el cuerpo de Jesús, y María participa en la formación de este nuevo cuerpo.

Podemos recordar la frase que Jesús pronuncia antes de su Pasión: “La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido *un hombre*” (Jn 16,21). Algunos exegetas han visto aquí una alusión al libro del Génesis, cuando se habla del dolor de la mujer que da a luz (Gén 3,16) y también de su gozo al dar a luz a “*un hombre*” (Gén 4,1). Según esto, el cuerpo maternal y femenino de María queda asociado al hombre nuevo que llega al mundo al resucitar Jesús.

Por eso san Ireneo de Lyon puede describir el vientre de María como “aquel que nos regenera para Dios”. Y recordemos a san León Magno: “dio a la madre lo que dio a las aguas”. San Agustín se une a este coro al afirmar que María “con su caridad cooperó a que naciesen en la Iglesia los fieles que son los miembros de aquella cabeza” (*Sobre la virginidad*, 6).

4) *El bautismo: una nueva presencia mariana*

Por tanto, con su muerte y resurrección Jesús ha transformado el cuerpo de María, ha dilatado su corazón y su seno materno, asociándolo a las aguas del bautismo. Nos sumergimos en las aguas, que son el cuerpo de Cristo, y estas aguas tienen el toque materno de María. Ella está, por tanto, presente en cada bautismo.

Y como el bautismo se nos queda imprimido dentro, por el carácter bautismal, Ella influye también dentro de nosotros, actuando cada vez que nuestro bautismo actúa. Si el bautismo es fuente que no deja de manar para impulsarnos y decirnos: “¡Ven al Padre!”, en ese impulso de la vida cristiana obran las manos de María. Esta relación de María y el bautismo da coordenadas nuevas a nuestra devoción mariana.

En efecto, si María está presente en el bautismo, esto nos ayuda a abrir nuestra relación con María más allá de lo emotivo. Pues la clave no es solo como nos sentimos al pensar en Ella o al rezarle. La devoción mariana no es emotivismo, es decir, sentimiento privado de cada uno, aislado de nuestras relaciones concretas que se traban en el mundo y en el cuerpo. Si el bautismo nos vincula a María, entonces la devoción a Ella camina por los surcos que el bautismo abre en nuestra vida. Toma la forma de nuestro ser de hijos de Dios y hermanos entre nosotros. Por eso es devoción fecunda en amor y obras. Esto toca de lleno la presencia de María en nuestras relaciones familiares.

a) *Primero*, porque el matrimonio se basa en el bautismo. En efecto, el matrimonio es sacramento (signo eficaz del amor de Cristo y su Iglesia) porque cada cónyuge está unido por el bautismo a Cristo y a su Iglesia. El vínculo matrimonial, por el que nos llega cada día la gracia del sacramento, es vínculo también con la Madre de Jesús. El “no tienen vino” de María resuena en de la relación de los esposos, para que el Señor siga bendiciéndoles. ¿Sabemos escucharlo?

b) *Además*, los padres están llamados, no solo a generar a los hijos, sino a conducirlos al bautismo, para que sean regenerados en Cristo. Por el sacramento del matrimonio los cónyuges reciben la misión de asociar a Cristo su paternidad y maternidad, llevando a sus hijos al bautismo y educándoles en la fe. Al estar María unida al bautismo, Ella está presente también en esta labor. La maternidad de Ella se asocia a los esfuerzos de padres y madres para educar en la fe a los hijos. Es una mano amiga, discreta y operosa, para que nuestros hijos se alleguen a Dios. ¿Recurrimos a Ella?

c) Esto ilumina, *por último*, la práctica de nuestra consagración a María. Recordemos que esta consagración se apoya sobre el bautismo. Si nos fijamos en el original griego de la fórmula bautismal (Mt 28,19), Jesús pide a los Discípulos que bauticen, no “en el nombre del Padre...”, sino “*hacia dentro del nombre del Padre, del Hijo...*” (Mt 28,19). Además, entrar en el nombre de Dios es entrar en Dios. Nos bautizamos, por tanto, “hacia dentro del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Pues bien, la consagración es precisamente esto: entrar en Dios, adentrarse en Él. Por eso podría traducirse así la fórmula del bautismo: “bautizadles consagrándoles al Padre, al Hijo, al Espíritu”. Toda otra consagración en la vida cristiana depende de esta consagración del bautismo. Hay otras consagraciones porque el bautismo se nos da como semilla, que estamos llamados a cultivar y hacer crecer.

A esta luz, ¿qué se busca al consagrarnos a María? Su puesto en el bautismo nos ayuda a responder. María, hemos dicho, es el lugar materno donde sucede el bautismo, lugar que Cristo mismo nos ha regalado al decir: “ahí tienes a tu Madre”. La consagración a María actualiza y hace crecer esta dimensión mariana del bautismo en toda nuestra vida.

Al consagrarnos a María interiorizamos y manifestamos que la unión con Jesús no sucede en solitario, sino en el ámbito hogareño abierto por la Madre. Esto implica: consagrarse a María es poner a Cristo en toda nuestra vida juntos, es abrir toda nuestra vida juntos para acoger a Cristo. Por la consagración a María se da también una especial gratitud y acogida de la vida como un don, pues María, como buena madre, recuerda siempre el don originario y la bondad de la vida. Y consagrarse a María es, además, recordar la fecundidad que hay en todas nuestras relaciones y en todo lo que obramos en común.

5) Práctica

Introducir un recuerdo bautismal en las prácticas familiares del *mes de mayo*. En las *Flores a María*, puede ser el agua bendita; si hacemos una romería familiar, una renovación del bautismo y de nuestra consagración a la Virgen.



6) Preguntas para el diálogo

1. La maternidad divina de María, ¿es presupuesto del don que recibimos en el bautismo? ¿De qué modo?
2. ¿En qué consiste la presencia personal y directa de María en el bautismo de cada cristiano?
3. ¿Cómo vivís la devoción mariana en vuestro matrimonio y familia?
4. ¿Qué sentido tiene la consagración a María desde la perspectiva bautismal?